

JUAN 9,1-38

TEXTO

«9¹Y, al pasar, **Jesús** vio a un **hombre ciego** de nacimiento. Y le preguntaron **sus discípulos** diciendo: “**Maestro**, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera **ciego**?”.

³Respondió **Jesús**: “Ni éste pecó ni sus padres; sino para que se manifiesten en él las obras de Dios”. ⁴Es necesario que nosotros obremos las obras del que me envió mientras es de día; viene la noche, cuando nadie puede obrar. ⁵Mientras esté en el mundo, **soy la luz del mundo**”.

⁶Dicho esto, escupió en tierra e hizo barro con la saliva y untó con el barro los ojos [del ciego]

⁷y le dijo: “Ve a lavarte en la piscina de Siloé” (que quiere decir Enviado).

Así que fue y se lavó y vino **viendo**.

⁸Así que **los vecinos** y **los que lo habían visto** antes que era mendigo decían: “¿No es éste el que se sentaba y mendigaba?”. ⁹Otros decían: “Éste es”; otros decían: “No, pero se le parece”. Él les decía: “Soy yo”.

¹⁰Así que le decían: “¿Cómo es que **han sido abiertos tus ojos**?”.

¹¹Respondió él: “**El hombre llamado Jesús** hizo barro y untó mis ojos y me dijo: ‘Ve a Siloé y lávate’; así que fui y, habiéndome lavado, **recuperé la vista**”.

¹²Y le dijeron: “¿Dónde está **ése**?”.

Dice: “No sé”.

¹³Lo conducen a **los fariseos** al que había sido **ciego**. ¹⁴(Pero era sábado el día que **Jesús** hizo barro y **abrió sus ojos**). ¹⁵Así que, de nuevo, **los fariseos** también le preguntaron cómo **había recuperado la vista**.

Pero les dijo: “Puso barro sobre mis ojos y me lavé y **veo**”.

¹⁶Así que decían **algunos fariseos**: “**Este hombre** no es de Dios, porque no observa el sábado”. Pero **otros** decían: “¿Cómo puede un hombre pecador **hacer estos signos**?”.

Y hubo una división entre ellos.

¹⁷Así que le dicen de nuevo **al ciego**: “¿Qué dices tú sobre **él**, puesto que **te abrió los ojos**?”. Pero él dijo: “Es **un profeta**”.

¹⁸Así que **los judíos** no creyeron que **había sido ciego** y que **había recuperado la vista** hasta que llamaron a **los padres** del que **había recuperado la vista** ¹⁹y les preguntaron diciendo: “¿Es éste vuestro hijo, de quien decíais que **había nacido ciego**? ¿Así que cómo **ve** ahora?”.

²⁰Así que respondieron **sus padres** y dijeron: “Sabemos que éste es nuestro hijo y que fue engendrado **ciego**; ²¹pero cómo **ve** ahora no sabemos, y quién **abrió sus ojos** nosotros no sabemos. Preguntadle; tiene edad para hablar por sí mismo”.

²²(Estas cosas dijeron **sus padres** porque tenían miedo a **los judíos**, porque **los judíos** ya se habían puesto de acuerdo en que todo el que confesara **Cristo** sería expulsado de la sinagoga.

²³Por eso **sus padres** habían dicho: “Tiene edad para hablar por sí mismo”.

²⁴Así que, por segunda vez, llamaron **al hombre que había sido ciego**, y le dijeron: “Da gloria a Dios; **nosotros** sabemos que ese hombre es un pecador”.

²⁵Así que él respondió: “No sé si es un pecador; sólo sé que era **ciego** y ahora **veo**”.

²⁶Así que le dijeron: “¿Qué te hizo? ¿Cómo **abrió tus ojos**?”.

²⁷Les respondió: “Ya os lo he dicho y no habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo de nuevo? ¿Acaso vosotros queréis llegar a ser sus discípulos?”.

²⁸Y le injuriaron y dijeron: “Tú eres discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés.

²⁹**Nosotros** sabemos que Dios habló a Moisés, pero no sabemos de dónde es **ése**”.

³⁰Respondió **el hombre** y les dijo: “Pues eso es lo sorprendente, que **vosotros** no sabéis de dónde es y **abrió mis ojos**. ³¹Sabemos que Dios no escucha a *los pecadores*, pero si uno venera a Dios y hace su voluntad, Dios lo escucha. ³²Jamás se ha oído que nadie **abriera los ojos a un ciego de nacimiento**. ³³Si **éste** no fuera de Dios, no podría hacer nada”.

³⁴Respondieron y le dijeron: “Tú has sido engendrado todo entero *en pecado* ¿y tú nos enseñas?”.

Y lo echaron fuera.

³⁵**Jesús** escuchó que lo habían echado fuera y, encontrándole, dijo: “**¿Crees en el Hijo del hombre?**”.

³⁶Respondió él y dijo: “¿Y quién es, **Señor**, para que **crea en él?**”.

³⁷Le dijo **Jesús**: “Ya lo has visto; el que está hablando contigo ése es”.

³⁸Pero él pronunció: “**Señor, creo**”; y **se postró ante él**».

COMENTARIO

.- **Introducción a 9,1-10,21**: Este pasaje es ampliamente reconocido como una de las obras maestras del arte narrativo joánico. El pasaje, de gran belleza literaria, posee unidad de tiempo, espacio y tema. Se da por supuesto que prosigue la celebración de los Tabernáculos. No hay ninguna indicación de cambio temporal, pero Jesús había salido del templo (8,59), y al pasar vio a un hombre ciego de nacimiento (9,1). Se une la salida del templo con el encuentro con el hombre ciego de nacimiento. En algún lugar fuera del templo, un ciego llega a la visión y la fe en el Hijo del hombre, mientras que los dirigentes judíos se mueven en dirección a la ceguera (9,1-38). A éstos se les condena por ciegos, ladrones, bandidos, extraños y mercenarios que no cuidan de sus ovejas (9,39-10,13). La celebración de los Tabernáculos concluye con la revelación que hace Jesús de sí mismo como el Buen Pastor mesiánico (10,14-18) y la división que se produce entre «los judíos» (vv. 19-21).

Hay una antigua máxima, según la cual no deben aparecer en escena, normalmente, más de dos personajes activos, por lo que es frecuente que las escenas se dividan según esta norma. De acuerdo con esto, Jn 9,1-10,21 puede dividirse en ocho escenas.

- 1.- 9,1-5: Jesús y los discípulos.
- 2.- 9,6-7: Jesús y el ciego de nacimiento.
- 3.- 9,8-12: El ciego y sus vecinos.
- 4.- 9,13-17: El ciego y los fariseos.
- 5.- 9,18-23: Los fariseos y los padres del ciego.
- 6.- 9,24-34: Los fariseos y el ciego.
- 7.- 9,35-38: Jesús y el ciego.
- 8.- 9,39-10,21: Jesús y los fariseos.

La primera escena (9,1-5) se abre y la última (9,39-10,21) concluye con una referencia al ciego de nacimiento. El relato del ciego de nacimiento y el discurso de Jesús sobre los pastores prosiguen sus palabras y acciones durante la fiesta de los Tabernáculos:

1) Jesús proclama que él es la luz del mundo (9,5); el trayecto del ciego de nacimiento porque él llega a ser un creyente que confiesa la fe en el Hijo del hombre, a quien ve y oye (9,34-35), muestra cómo, efectivamente, es verdad lo anterior.

2) Jesús anunció que él era el agua vivificante (7,27-28). El agua de Siloé, que realiza la curación del que había sido antes ciego, se interpreta como «el Enviado» (9,7) y muestra cómo son ciertas las afirmaciones de Jesús.

3) La celebración de los Tabernáculos se ha caracterizado por el debate y el conflicto sobre el estatus mesiánico de Jesús. Su afirmación de que es el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (19,14-18) nos dice cómo ejerce su papel mesiánico.

- **Jesús y sus discípulos (vv. 1-5):** Jesús ve a un hombre que nunca había tenido la experiencia de la visión o la luz (v. 1). Partiendo del principio bíblico según el cual no puede atribuirse a Dios la responsabilidad del mal que sufre la gente (cf. Ex 20,5; Nm 14,18; Dt 5,9; Tob 3,3-4), los discípulos hacen una pregunta lógica. ¿Quién es el responsable del mal que padece este hombre? ¿Sus padres, que habían pecado, o el niño, que pecó mientras estaba en el vientre materno? (v. 2). Los discípulos se preguntan por la responsabilidad humana, y se dirigen a Jesús como «Rabbi» (cf. 1,38.49; 3,2; 4,31; 6,25), pero él trasciende esta discusión. Les dice que esta situación se ha dado «para que pudieran manifestarse en este hombre las obras de Dios» (v. 3). Dios revelará sus obras en los acontecimientos de la vida del hombre que se nos contarán a continuación. Jesús establece así su punto de vista. Hasta este momento, Jesús había dicho que él no hacía sus obras por su propia autoridad (cf. 3,11-21.31-36; 5,19-30). Ahora incluye a sus discípulos en su obra: «Debemos hacer las obras del que me envió» (v. 4a). Se les asocia a la tarea de Jesús, a realizar las obras del que le envió. Pero la oscuridad de la «noche» pone fin al día. En esta situación nadie puede dar a conocer a Dios (v. 4b). Jesús asocia a sus discípulos con su tarea para que esto no ocurra. La presencia de la luz en el mundo, por la que el Padre sigue revelándose, no estará limitada a la vida histórica de Jesús, sino que continuará en la presencia de Jesús entre aquellos a los que asocia a su tarea, es decir, entre los discípulos. El tema de los Tabernáculos sigue estando en el centro del relato, pues Jesús reafirma lo que ya había dicho en 8,12: él es la luz del mundo (v. 5). Los discípulos de Jesús prosiguen las obras de Jesús (v. 4a), pero es la presencia de Jesús en el mundo la que trae luz a este mundo (v. 5).

- **Jesús y el ciego de nacimiento (vv. 6-7):** Jesús adopta la práctica tradicional de hacer barro para ponerlo en los ojos del hombre (v. 6). Esta acción crea una situación en la que Jesús puede dar una orden y el narrador hace un comentario: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado)» (v. 7a). El hombre responde sin rechistar. La respuesta radical a Jesús se pone de manifiesto mediante la utilización de cuatro verbos: fue, se lavó, recuperó el ver (v. 7b). Como en situaciones anteriores (cf. 2,1-12; 4,46-54; 5,2-9a), *la aceptación de la palabra de Jesús conduce a un milagro*. Pero se acentúa poco el acontecimiento físico de la recuperación de la vista. En el contexto de la fiesta de los Tabernáculos, es importantísima la mención de las aguas de Siloé. El narrador añade una explicación para dejarlo claro. No es el contacto con las aguas de Siloé lo que produce la curación, sino el contacto con el Enviado. Esta identificación, que se hace sobre la base de la proximidad lingüística y, quizá, por ciertas asociaciones mesiánicas que había con Siloé, sirve perfectamente bien al relato. Se pone a prueba la afirmación que Jesús había hecho durante su estancia en el templo de que él era el agua viva (7,37) y la luz del mundo (8,12). Jesús, la luz del mundo (9,5), el Enviado (9,7), ha devuelto la vista a un hombre que nunca había visto la luz. Las primeras dos escenas del drama funcionan como promesa (vv. 1-5) y cumplimiento de la promesa (vv. 6-7).

- **El ciego y sus vecinos (vv. 8-12):** La acción de Jesús no conduce a alabar a Dios, sino a una división: ¿Es éste el hombre? (v. 8). Algunos dicen que se trata de la misma persona, pero otros afirman que es uno que se le parece (v. 9a). De un modo similar a la identificación que Jesús hace de sí mismo (cf. 4,26; 6,20; 8,58), el hombre curado se refiere a sí mismo: «Soy yo» (v. 9b). No sabe cómo o por qué le han ocurrido estas cosas. Al interrogarle, el hombre sólo puede volver a contar los efectos físicos: el milagro, el barro, la unción, la orden, la obediencia y la visión (vv. 10-11). Es la primera vez que se plantea la cuestión de *cómo* el hombre recibió la

vista. La respuesta a esta cuestión tan frecuentemente repetida seguirá siendo la misma (cf. vv. 10.15.16.19.21.26). Con respecto a *quién* era el que lo había curado, sólo puede replicar «el hombre llamado Jesús» (v. 11). Cuando le preguntan por el paradero de Jesús, responde, por primera vez, «No sé» (v. 12). El hombre es incapaz de reconocer que le ha sido dada la luz mediante la intervención del Enviado de Dios, pero admite su ignorancia: «No sé».

.- **El ciego y los fariseos (vv. 13-17):** Los vecinos y conocidos crean un puente entre las escenas al conducir al hombre hasta los fariseos (v. 13). Otro factor se introduce en el relato mediante la observación que hace el narrador de que el día en que Jesús había hecho barro era sábado (v. 14). Los fariseos preguntan *cómo* ocurrió el milagro y el hombre curado les informa (v. 15). De este modo, los fariseos se enteran del delito contra el sábado: Jesús había hecho barro. Entonces es cuando muestran interés por el milagro, pues dirigen su atención al quebrantamiento de la Ley por Jesús. Ellos no están interesados por la persona de Jesús, sino por mantener la tradición legal (cf. 5,16-18).

Pero surge otra división. Algunos fariseos afirman que Jesús no puede venir de Dios, pues no observa el sábado (v. 16a), mientras que otros remiten a los signos de Jesús como indicio de que no puede ser un pecador (v. 16). Vuelven al debate sobre sus orígenes. En su conflicto anterior con Jesús, éste les había explicado su actividad a partir de sus orígenes (5,19-30), pero ya se había olvidado este asunto. Algunos fariseos niegan que Jesús procediera de Dios (v. 16a), mientras que otros siguen abiertos a esta posibilidad (v. 16b). Hay un dato que no se pone en cuestión: el hecho del milagro; por eso se vuelven hacia el hombre curado y le preguntan qué opinaba del hombre que le había curado. Anteriormente había descrito a Jesús como «el hombre» (v. 11), pero ahora confiesa: «Es un profeta» (v. 17).

.- **Los fariseos y los padres del ciego (vv. 18-23):** En paralelo al progreso del hombre (vv. 7.11.17), los fariseos se mueven en dirección opuesta. «Los judíos no creían que había sido ciego y había recuperado la visión» (v. 18a). La fe está fuera de su alcance; tienen que tener los hechos. Ahora intentan probar que un hombre que había nacido ciego no había llegado a la visión y la luz convocando a las personas mejor cualificadas para testificar: a quienes le habían dado a luz (v. 18b). Intentan refutar que la luz del mundo (v. 5) había dado la vista (v. 7), pero sus intentos fracasan. Someten a los padres a una sutil manipulación, sugiriendo que habían estado mintiendo sobre su hijo. El interrogatorio de «los judíos» presupone que el hombre no había nacido ciego y que los padres no debían decir lo contrario (v. 19a). Aunque no están dispuestos a ir más allá de la pregunta sobre cómo había ocurrido aquello, ellos siguen preguntando: «¿Cómo es que ve ahora?» (v. 19b). Los padres sólo pueden afirmar que había nacido ciego (v. 20), y se apartan de la discusión (v. 21). El hecho del milagro se ha contado y recontado tres veces hasta ahora (vv. 11.15.20-21). La fe en Jesús no depende de estos hechos, sino de su identidad, es decir, de ser la luz del mundo (v. 5), el Enviado de Dios (v. 7), a quien se le está juzgando sin estar presente.

Los padres tenían miedo de «los judíos» porque habían tomado la decisión de expulsar de la sinagoga (v. 22) a todo el que confesara que Jesús era el Cristo. Por esta razón evitan el debate cristológico con «los judíos» y los remiten a su hijo (v. 23). Por lo que nos cuenta el relato, la amenaza planea tanto sobre los padres como sobre el hijo, y los padres no están preparados para afrontarla. Nos queda por ver cómo se comportará el hijo.

.- **Los fariseos y el ciego (vv. 23-34):** De nuevo llaman al ciego. Anteriormente les había dicho que no «sabía» dónde estaba Jesús (v. 12), pero «los judíos» no tenían tales dudas sobre su propio «conocimiento». Utilizando una fórmula de juramento, empleada antes de dar un testimonio o hacer confesión de culpabilidad (cf. Jos 7,19; 1Cro 30,6-9; Jr 13,16), ordenan al hombre que alabe a Dios. Pero se trata del Dios que a ellos les interesa, no del Dios de

Jesucristo, porque ellos «saben» que Jesús es un pecador. El hombre que había sido curado no está preparado para aceptar este «conocimiento», pues no «sabe» si Jesús es un pecador, pero sí es consciente del milagro. Él plantea la cuestión que algunos fariseos habían hecho en el v. 16, antes de que cerraran su mente contra Jesús: ¿puede ser pecador un hombre que hacía esas cosas? El hombre prosigue su defensa a partir del hecho del milagro y los fariseos vuelven a preguntarle *cómo* ocurrió (v. 26). La cuestión del *cómo* en lugar del *quién* sigue estando en el centro de su discusión. El hombre pregunta por qué quieren volver a escuchar la historia. Ellos se han resistido a «escuchar» hasta este momento; ¿por qué quieren oírlo de nuevo? ¿Tal vez están interesados en convertirse en discípulos de Jesús? La cuestión no carece de ironía, pero no se está burlando de «los judíos». Ellos quieren escuchar el relato de las acciones de Jesús. Esto forma parte del proceso para convertirse en un discípulo de Jesús (cf. 2,11), aun cuando el verdadero discipulado requiera más que la fe en los milagros (cf. 2,23-25).

Pero «los judíos» no se moverán. Ellos son seguidores de Moisés, mientras que el hombre curado es un discípulo de «ese hombre» (v. 28). Su discipulado se basa en el «conocimiento» seguro de que Dios había hablado a través de Moisés (v. 29a). Hay una cosa que no saben, el origen de Jesús: «No sabemos de dónde viene» (v. 29b). En ello se enraza el fracaso de «los judíos» para aceptar a Jesús. Están encerrados en su adhesión al don primero de Dios que aconteció mediante Moisés, y rechazan la perfección del don Dios que acontece mediante Jesucristo (cf. 1,17-18) porque no aceptan que él viene «de Dios». Al mencionar esta cuestión central, el hombre curado intenta llevarla aún más lejos. Debe existir un nexo entre el hecho de que alguien abriera los ojos a un ciego de nacimiento y sus orígenes (v. 30). Hay un principio que está en juego; un principio que «conocen» ambos, «los judíos» y el ciego de nacimiento. Los dos tendrían que estar solucionando el asunto a partir de esta base común: Dios escucha a quien cumple su voluntad, no a los pecadores (v. 31). Pero en su fascinación por saber el *cómo* del milagro y en su afirmación agresiva de su «conocimiento» superior, no han sido capaces de prestar atención al *quién* de Jesús. El hombre curado se lo hace saber. El milagro no tiene precedente alguno. Nunca antes en la historia del pueblo de Dios, desde la creación hasta los acontecimientos que están ocurriendo entre ellos se le había dado la vista a una persona que era ciega de nacimiento (v. 32). Por tanto, debe existir una relación especial entre la persona que hace estas cosas y Dios que hace posible esta nueva creación.

Anteriormente, «los judíos» habían debatido si Jesús podía o no ser «de Dios» (v. 16a). Se habían decidido en contra de esta posibilidad (vv. 24.29). También anteriormente, el hombre curado describió a Jesús como «el hombre llamado Jesús» (v. 11), pero ahora declara: «Si este hombre no fuera de Dios, no podría hacer nada» (v. 33). El hombre sigue albergando ciertas dudas, pues continúa basando su comprensión de Jesús en el hecho del milagro (v. 33b), pero la respuesta de «los judíos» a tal sugerencia es rauda y violenta. Acusan al hombre de haber nacido empecatado (v. 34a), resolviendo así una pregunta planteada por los discípulos en el v. 3, pero que Jesús desechó como irrelevante en el v. 4. Este hombre «pecador» se está comportando de forma ignorante y ultrajante al cuestionar el conocimiento de «los judíos». Está intentando enseñarles que podría ser errónea (v. 34b) la comprensión que tienen de Dios y de aquel a través del que Dios había hablado. Por esta razón, le expulsan de su ámbito (v. 34c).

.- **Jesús y el ciego (vv. 35-38)**: Jesús, tras enterarse de que el hombre había sido expulsado, se encuentra con él y le pregunta: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?» (v. 35). Las referencias anteriores a este título (cf. 1,51; 3,13-14; 5,27; 6,27.53.62) habían indicado que Jesús utilizaba este término para referirse a su función de dar a conocer a Dios en la historia humana. Su presencia entre nosotros como el Hijo del hombre es crítica, revela a Dios y trae el juicio, pero aún no ha llegado la consumación de su función reveladora. El hombre queda perplejo ante la

pregunta y responde con una cuestión propia. No sabe lo suficiente (cf. vv. 12.25.36) para ser capaz de tomar una decisión. Se vuelve hacia Jesús, dirigiéndose a él como «Señor», para buscar más información sobre el Hijo del hombre (v. 36). La respuesta de Jesús es solemne y satisfactoria: «Tú lo has visto; es el que habla contigo» (v. 37). Se combinan unos términos que son centrales en la cristología del evangelio. Es imposible que nadie *vea* a Dios o llegue a su conocimiento (cf. 1,18; 5,37), pero Jesús revela lo que *ha visto* (cf. 1,34; 3,11.22; 8,38). Él *habla* de lo que ha visto junto al Padre (cf. 6,46; 8,38). Aquellos que creen en Jesús *verán* (1,50-51), mientras que son condenados quienes *rechazan ver* (cf. 3,36; 5,37-38; 6,36). La suprema revelación de Dios tendrá lugar cuando el creyente *mire* al Hijo del hombre (3,13-15). Jesús desafía al hombre para que reconozca que Dios se le da a conocer mediante el Hijo del hombre. De forma similar, cuando Jesús *habla*, da a conocer a Dios. Él es la encarnación del *logos* de Dios (1,1-2.14). Jesús *habla* de lo que sabe del Padre (cf. 3,11.34; 8,25-26.38), y *habla* con autoridad incuestionable (cf. 7,17.18.26.46). Su palabra da vida, paz y alegría (cf. 6,63), pero también condena a quien se opone a escuchar (cf. 8,40).

Al hombre curado se le pide que dé un paso adelante en su camino hacia la luz y la visión verdaderas. ¿Está preparado para aceptar que en Jesús, el hombre que está ante él, a quien puede ver y oír, encontrará la revelación de Dios? Él responde: «Señor, creo» (v. 38a). En la respuesta anterior que dio a Jesús se dirigió a él como «Señor» (v. 36), pero esta misma palabra adquiere su pleno significado cristológico de «Señor» cuando se inclina en un acto de veneración y aceptación de Jesús (v. 38b). Puesto en duda por amigos y vecinos (vv. 8-12), abandonado por sus padres (vv. 18-23), cuestionado, insultado y expulsado por «los judíos» (vv. 13-17.24-34), ha avanzado a traspiés desde la fe en Jesús como «un hombre» (v. 11), después como «un profeta» (v. 17), hasta la sugerencia de que podía venir «de Dios» (v. 33). Finalmente, se postra con fe ante Jesús, el que da a conocer a Dios, el Hijo del hombre, el Enviado de Dios, la luz del mundo. Las palabras que Jesús dirigió a sus discípulos al principio se han hecho ciertas. El camino de este hombre desde la ceguera hasta la visión era «para que se manifestaran en él las obras de Dios» (v. 3).